

entre aquella felicidad comparada en la lengua del siglo con la flor de lis ceñida de rocío y la sombra de su muerte trágica en siniestro cadalso, tronchada por la cuchilla del verdugo en holocausto á la grandeza del suelo donde habia nacido y donde no le valió ni su gracia, ni su hermosura, ni su grandeza, ni su historia, ni su talento, á preservarla de la implacable fatalidad, á la cual parecia, como todos los suyos, condenada por cruel inflexible destino.

Cuando, á las orillas del Sena; en los jardines que bordan sus dos lados, evoca la mente aquellos palacios de Francisco I y Enrique II, cristalizaciones gigantescas del espíritu de su tiempo, tallados, como un diamante, y como los engarces de una joya preciosísima compuestos y esmaltados; por sus crestas, parecidas á diademas, ceñidos, y rematados por las torres aéreas ó por las pirámides recamadas de bajos relieves; á la vista de las Dianas surgidas del buril de Benvenuto; entre las figuras de corte clásico y color veneciano ideadas por el Primaticci y el Rosso; bajo los grotescos y sus iris ceñidos por áureos artesonados; junto á los manantiales corrientes al pié de las estatuas levantadas por Juan Goussier y ebrias del recién resucitado sensualismo clásico; al eco de las cítaras y de los coros que acompañan las imitaciones mas ó menos artificiosas de la poesía clásica; y al paso de tantas damas vestidas con los brocados tejidos en Florencia y coronadas con perlas recientemente traídas de las Indias, cuando vuelven de los torneos ó van en procesion á los certámenes; se busca involuntariamente á la pobre María Estuardo para holgarse contemplando sus grandes y merecidas venturas, ya que bien pronto caerá en grandes y quizás tambien merecidas desgracias, las cuales se agrandan y recrudecen al contraste brusco entre las áureas gradas del trono y las siniestras gradas del cadalso.

Pero, en aquella corte, donde reinaba con tanto esplendor el arte, no lucia la moral ciertamente. Sus reyes, casados por razones políticas, no se contentaban con la mujer designada por la religion y por las leyes, escogian otras varias á su arbitrio y á su capricho, ridiculizando á quienes mostraban algun culto al hogar doméstico, y teniendo solo por caballeros á los acompañados de mujeres ilegítimas. Francisco I escogia en sus últimos años una manceba, que luego legaba, como en vínculo, á su hijo; quien, á pesar de

tener la heredada cincuenta años, quería con todo su corazón, y la colocaba, hasta en los actos públicos, sobre su esposa Catalina de Médicis, cómplice, y hasta tercera, en su amancebamiento. Mas no solo faltaba la moral doméstica en aquellos tiempos y entre aquellos reyes; faltaba tambien la moral pública. Enrique II no habia de tardar, por tanto, en imbuir á la hermosa Estuardo la doblez en el proceder, la mentira en el decir, la infidelidad en el jurar. A los quince años casóla con su primogénito Francisco, de la misma edad casi que María, exigiendo la presencia de representantes del reino escocés para presenciar y autorizar el matrimonio. En efecto, no estaba Escocia, como Francia entonces, á merced por completo de sus reyes, ó de las familias con sus reyes competidoras y émulas á causa de su poder y grandeza, restos y fragmentos de las edades feudales; existia un Parlamento, no como los Estados Generales, reunidos al arbitrio del Rey, sin atribuciones verdaderas y propias, no, cuerpo en su esencia político, de facultades legislativas, de poder grandísimo, celaba los actos de los poderosos y les imponia muchas veces su voluntad y su pensamiento por medio de continuos convenios, gérmen de las costumbres parlamentarias y de las libertades británicas. Fueron los emisarios escoceses del Parlamento al ostentoso matrimonio de su Reina, verificado bajo las bóvedas de Nuestra Señora de Paris, y bendecido, en presencia de toda la régia familia, por el cardenal de Borbon. María convino en todas cuantas condiciones impusieron los diputados del Parlamento escocés á su matrimonio. Faltábale tiempo en su amor para llamar á Francisco, Rey de la bella Escocia, y para llamarse á sí misma Delfina de la poderosa Francia. Pero, despues de haber convenido con todo cuanto los escoceses le pedian y de haber sancionado sus capitulaciones matrimoniales, aquella pobre jóven, de tanto candor, de tanta belleza; inspirada por la mas ingenua ternera y objeto de las mayores alabanzas; cometió un acto de inconcebible traicion á su patria. Pretextando que la regencia de su madre no tenia bastante fuerza, ni su propio nombre bastante autoridad sobre su pueblo, constreñido á obedecer un Parlamento, que mandaba todo el ejército y retenia todas las fortalezas, revocó en secreto las promesas dadas y los juramentos prestados en público, cediendo la tierra de su Escocia con todos los derechos heredados sobre tan viejo suelo y sobre tan libres ciudadanos á la dinastía

francesa y al poder de Francia. Y aun hizo algo, mucho mas grave y terrible la Reina en estas revocaciones de su palabra y en esta cesion de sus derechos: perteneciendo á la familia de los Tudores por sus abuelos, llevando en sus venas la sangre real británica; poseedora de sumas probabilidades al trono inglés; próxima pariente de Isabel y acaso en las complicaciones de lo porvenir su heredera única, cedió tambien el imperio de Inglaterra, su territorio, la corona ceñida por tantos reyes ilustres y consagrada por la sucesion de los siglos, á los mismos reyes á quienes cediera la corona de Escocia. Las razones que daba para esta inmolacion y sacrificio de su patria en aras de extraña tierra y extranjera gente no podian ser en verdad mas baladíes. Fundábase para una infamia, para una traicion así, tanto menos excusables, cuanto mas reflexivas y secretas, en que Francia prestara importantes auxilios á su causa, y en que debía Escocia gruesas sumas á Francia. Tal documento, ideado por las ambiciones de los Valois, é impuesto á una Reina, mas bien princesa de los Lorenas y Delfina de los franceses que soberana de Escocia y heredera de Inglaterra, debe tomarse muy en cuenta por la severa historia, si quiere comprender y explicar ciertas grandes tragedias, las cuales todavía hoy llenan de horror el ánimo y de luto el corazón. Allá, en el momento de la formacion de las nacionalidades modernas por los reyes; actos de tal género tenían importancia suma y encerraban consecuencias trascendentales á la vida y al sér de los pueblos.

Así, no debe maravillarnos que, advertidas las muchedumbres por esas revelaciones interiores de la conciencia pública, muy propias para determinar movimientos indeliberados, pero infalibles, de la opinion, opusieran recelos rayanos en resistencias invencibles á los proyectos de la Reina María y de su corte francesa. Dos elementos de combate la nacion escocesa guardaba en aquel tremendo conflicto entre pueblo y monarca. Eran estos dos elementos, viejo el uno, y reciente ó jóven otro, la nobleza histórica y la religion puritana. Por la nobleza histórica sublevábanse contra la Reina todas las tradiciones mas respetables; y por aquel Cristianismo nuevo, aprendido en Ginebra, predicado por tribunos semi-profetas, lleno del espíritu democrático natural á la Helvecia republicana y no repulsivo á la Escocia parlamentaria; por el puritanismo de Knox, las ideas progresivas, las fuerzas renovadoras, las

clases depositarias del pensamiento y motoras del progreso, levantábanse á una en igual sentido y con mayor fuerza todavía que los poderosos y respetados patricios. Todas las victorias de los pueblos constitucionales y representativos sobre los poderes arbitrarios y absolutos se comprenden y explican por tal union de clases. Lo mismo los aragoneses que los helvecios; lo mismo los anglo-sajones de Europa que los anglo-sajones de América; todos cuantos pueblos libres han recabado sus derechos á la resistencia de los viejos poderes históricos; para llegar á tan difícil y lisonjero logro, se han apoyado en la union de las clases, opuestas é irreconciliables entre sí en los pueblos embrutecidos y desgarrados por el feroz absolutismo. Concertados los Lores antiguos y los Profetas modernos, se concertaban la tradicion y la idea, sin que pudieran hallar en el trono y en el clero posible resistencia. La gobernadora, María de Lorena, muy exaltada, como madre, á favor del trono de su hija; y mas exaltada, como católica, á favor de los privilegios de su Iglesia, entendió cómo todos los combates con los Lores y con los puritanos la conducirian á una serie de derrotas parciales, cuyo resultado traeria una total catástrofe, y se avino á indispensable concordia. Contaban la Regente y la Iglesia con el apoyo de Francia, donde acababa de morir Enrique II y de llegar al trono María Estuardo; mas los protestantes y los Lores contaban con el apoyo de Inglaterra, quien mandó tropas de refresco á la Confederacion revolucionaria, logrando con la toma de Leith, donde la tradicion guardaba su mayor fortaleza, una ruidosa victoria.

La Regente murió del esfuerzo que le costara considerar como rivales á los que habia considerado como rebeldes; y mandar con embajadores mensajes de paz á quienes mandara con heraldos amenazas de castigo. La monarquía escocesa pasó, en este gran conflicto, por muerte casi á un tiempo de María de Lorena y Enrique II, á manos de dos reyes jóvenes, asentados en el trono de Francia, y decididos á emplear cuantos medios les procuraba su reciente situacion para reconstituir su secular autoridad. Mas aquel pueblo, acostumbrado al gobierno de sí mismo por medio de los saludables expedientes parlamentarios, ocurrió á la muerte de su regente y ausencia de su reina con el nombramiento de un Consejo, que convino en expulsar á los franceses, prohibir el nombre de reyes británicos tomado por Francisco y

María, establecer un gobierno parlamentario con delegaciones de las Cámaras, y pasar del antiguo régimen absoluto al nuevo régimen representativo. La Constitución, que contenía todas estas cláusulas, se denominó «Tratado de Edimburgo,» por provenir de un pacto entre los vencidos partidarios de la Reina y los vencedores partidarios de la Revolución. Congregáronse las Cámaras bajo los pliegues del vacío dosel, que asombraba las gradas del viejo trono; veíase tan solo el símbolo, á saber, sobre cojín de terciopelo el cetro y la corona; por el banco de los eclesiásticos notábase la soledad proveniente de la deserción, á su vez proveniente de la derrota; y en los demás bancos, los viejos Lores, á una ceñidos de recuerdos gloriosos y blasonados por históricos timbres, junto á los nuevos cristianos poseídos de profético espíritu y ufanos con creer llegada, merced á sus revelaciones y á sus plegarias, la República cristiana, ó el reinado exclusivo de Dios, sobre la faz del planeta. Triste pacto aquel para los dos reyes franceses; embebidos en las máximas realistas, pagados de su autoridad absoluta, resueltos á combatir la Reforma en todas partes, pupilos de aquella teocrática dinastía de los Guisas, destinada en el ardor de los combates á fundar la liga de los católicos en defensa del antiguo derecho de la Iglesia. Por manera que, al presentarse los enviados del Parlamento escocés para someter á la sanción régia el pacto de Edimburgo, María, herida en su orgullo de Reina por la organización del nuevo gobierno y en su fe de católica por el triunfo de la nueva Iglesia, mostróse colérica, y respondió á las instancias más reverentes y sumisas con régias y soberbias amenazas. Bien puede asegurarse que aquí, ahora, en esta crisis histórica, empieza el conflicto secular entre la monarquía y la religión, de cuyo conflicto surgieron los patíbulos del desdichado Estuardo en Londres y del desdichado Borbon en París.

Un accidente frustró todos los proyectos de María, deshojando á sus pies la corona de ilusiones, que la exaltación reciente al trono de Francia le ciñera por su mal á las sienas. Francisco II, primogénito de Catalina y Enrique, murió á fines de 1560. Reina de Escocia á los seis días de su nacimiento; Delfina de Francia, por sus esponsales, á los ocho años; soberana real de ambas naciones, por su matrimonio, á los quince; viuda de un rey, á quien había con amante desvarío querido, á los diez y ocho; todo este tropel

de dramáticas circunstancias resultan como augurios siniestros de su predestinación á una suprema tragedia. Aquellos grandes trágicos antiguos que supieron hallar en la historia de su patria los personajes más luctuosos, y en las cuerdas de su corazón las notas más tristes; aquel dramático por excelencia, que ha dado carne y hueso y sangre á las grandes pasiones, al amor, á los celos, á la envidia y sobre todo á la ambición, Shakespeare; los inmortales dioses del primer teatro moderno, del teatro español; todos los maestros en el arte de representar los grandes conflictos humanos han puesto en las primeras escenas de sus mayores tragedias, ó una sombra, ó un oráculo, cualquier presagio, que, anunciando desde las primeras escenas el terrible fin de sus héroes, señalados por un destino implacable, y quizás por su propia grandeza y heroísmo á una inevitable catástrofe, les diese el grandor de la fatalidad. Pues la historia, la seca historia, la veraz historia, sin decoraciones, presenta, en la vida de todas las grandes víctimas, una especie de augurio tal, que la realidad resulta el más trágico de todos los escenarios conocidos y la Providencia el mayor y el primero entre todos los poetas trágicos. Se necesita sentir por los tiempos del Renacimiento la inquieta curiosidad que ha sentido siempre quien estas líneas escribe, para comprender todo el espacio mediante á la sazón aquella entre un matrimonio y una viudez como el matrimonio y la viudez de María, y entre un trono tan espléndido como el trono de Francia y un trono tan sombrío como el trono de Escocia. Así la desdichada se recluyó en su cámara, como en silenciosa tumba. Los embajadores enviados, para en su duelo asistirle y darle de sus varios compañeros el consolador pésame, no alcanzaron llegar á su presencia, como si la encerrara en Saint Denis el mismo ataúd en que dormía su malogrado esposo. Del fondo de los palacios pasaba la viuda joven al fondo de los claustros, como si quisiese consagrar perpetuamente al dolor y al recuerdo, su juventud y su hermosura. En vano Isabel I pensaba en el segundo matrimonio de María como en el mayor negocio de su Estado; en vano Felipe II conminaba para lograr el casamiento con su hijo Carlos, temiendo el enlace con un príncipe francés, que podría constreñirle á él mal de su grado á una inteligencia con su mayor enemiga, la poderosa Reina de Inglaterra; en vano el hijo de Gustavo Wasa y el Rey Federico II de Dinamarca reclamaban su corazón; María se iba por